

No fue en la pantalla de mi propia televisión donde vi al presidente americano George Bush anunciar el nacimiento del Nuevo Orden Mundial, sino que le vi hacer este anuncio en la pantalla de la televisión de mis suegros, en cuya casa pasábamos la noche, casi todas las noches, después de nuestra boda.

Al comienzo de nuestro matrimonio no teníamos televisión. Preferíamos, en primer lugar, comprar lo necesario. Antes que nada el dormitorio, después la cocina, la nevera, el salón y las cortinas, porque el apartamento que habíamos alquilado no tenía persianas y quedaba totalmente expuesto al sol, a la luz y, especialmente, a las miradas de los vecinos a unos recién casados.

Mis suegros están abonados a la televisión por cable y captan alrededor de ochenta canales internacionales, árabes y locales. La mayoría de ellos emiten durante veinticuatro horas al día una cantidad inimaginable de programas y películas absolutamente diferentes en todo, en el fondo, en la forma, en los colores, en los idiomas y, de manera específica, en las tradiciones y en la moral. El abonado a la televisión por cable pasa así, en un abrir y cerrar de ojos, de la Edad Media a los siglos que aún no han tenido lugar, de los lugares de culto a los bares y a los clubes nocturnos. Desde luego está la CNN, en la que seguíamos los reportajes de la segunda guerra del Golfo y los bombardeos de Iraq, que eran retransmitidos en directo hora a hora.

A decir verdad esa noche yo no estaba prestando atención a lo que el presidente americano había dicho exactamente y no me había fijado en el empleo que había hecho de la fórmula “El Nuevo Orden Mundial” porque, por mi manera de ser, cuando me encuentro

delante de la televisión, soy incapaz de escuchar y de mirar al mismo tiempo. O bien escucho, o bien miro. El desastre es menor cuando el locutor es el único que llena con su cabeza y parte de su busto la pantalla, pero es mucho peor cuando los acontecimientos son mostrados por un presentador que permanece oculto, invisible, como en los boletines informativos, por ejemplo, entonces pierdo todo, absolutamente todo, pues no soy capaz de escuchar lo que dice el presentador y de ver, a la vez, lo que están poniendo delante de mí. Me vuelvo como mi mujer me describe: como si fuera en un coche que va a toda velocidad y cuando frena repentinamente le pregunto a mis colegas ¿qué es lo que pasa?

Exactamente eso era lo que hacía mi padre, que se ponía la radio pegada a su oreja y nos prohibía hablar para poderse concentrar en lo que escuchaba. Una vez que los informativos terminaban, él alejaba la radio de su oreja y nos preguntaba: “¿Qué es lo que ha dicho?”. Sin embargo jamás se había quejado de su audición, y nosotros nos partíamos de risa, descaradamente y sin cortarnos ni un pelo, como se ríen los chavales del barrio con los libros escolares anticuados, y entonces él sonreía discretamente. En el pasado yo creía que este problema no afectaba más que a la generación anterior a la mía, que no estaba aún familiarizada con estos aparatos, pero lo que es verdad para aquella generación lo es también para la mía, porque yo tampoco estoy acostumbrado todavía a estos artilugios.

Ignoro lo que empujó a la madre de mi mujer a decirme:

—¡Hay que ver cómo te gusta la televisión, mi pequeño Rachid!

¿Hasta este punto parecía loco por la televisión? ¡Qué raro! Pero si el asunto no dependía únicamente de mí. Si yo permanecía sentado frente a la televisión todo ese tiempo era porque mi mujer, prácticamente,

me obligaba a ello. ¿Acaso la madre de mi mujer quería darme a entender lo contrario?, es decir: que no me gustaba lo bastante la televisión, que no la veía como era necesario en estas circunstancias históricas y que eso era un error.

Lo cierto es que yo no estaba prestando atención a lo que decía el presidente americano George Bush, no solamente a causa de mi carácter, sino también porque lo que me preocupaba más era otra cosa, era que mi esposa rechazaba ir a dormir a nuestro apartamento, se obstinaba en quedarse en casa de su madre, en la casa de sus padres, que le daba una sensación de intimidad y de seguridad mayor que la de cualquier otro lugar. Cuando le insistía sobre ello, ella soltaba:

—¡Vete tú entonces, duerme allí tu sólo si es que añoras tanto la casa!

En verdad no es la casa lo que yo añoro hasta ese extremo, sino que la añoro a ella. No puedo disfrutar con ella salvo en la casa, porque en casa de sus padres no tenemos la libertad que tenemos en la nuestra. Es algo natural, su madre se despierta al menor movimiento, y la cama en la que dormimos chirría cada vez que hacemos algún movimiento fuera de lo habitual, lo que le sirve a ella como pretexto para atajar mi ardor.

Mi esposa no tiene ninguna necesidad de que yo le aclare y le hable abiertamente de todo esto porque conoce hasta el menor detalle lo que deseo detrás de mi insistencia. Pese a todo le dije:

—¡No añoro la casa, sino que te añoro a ti!

Entonces me replicó:

—¡Ya nos hemos acostado juntos!

Se refería a que nos habíamos acostado el uno con el otro la noche justo antes de venir a casa de sus padres. Entonces yo la espeté:

—¡No estoy satisfecho contigo!

Ella soltó:

—¡Yo lo estoy, y demasiado!

Con esta última bomba daba la impresión de que insinuaba algo mucho más peligroso, en ese instante creí comprenderlo todo, o al menos lo que las circunstancias me permitían comprender, y era que ella no estaba de humor para disfrutar del sexo esa noche a la que se refería, le había insistido entonces, y ella me complació pero sin cooperar conmigo. Me proporcionó con su mano lo que yo quería, pero se puso furiosa e irritada cuando se dio cuenta de que yo observaba con atención cómo ponía buen cuidado en evitar mi semen, como si aquella cosa fuera asquerosa. Su forma de proceder revelaba que disfrutaba de una enorme experiencia en la materia.

Tras este incidente, y lo que ella denominaba “acostarse”, mi deseo se multiplicó mucho más que antes así que, en lugar de estar más calmado, me excitaba como jamás me había excitado en mi vida, como si esta manera de masturbarme me recordara a las sensaciones de necesidad en los días de privación, antes de casarme, cuando no tenía una mujer a mano ni un lugar donde refugiarme si es que se me ponía a tiro una mujer. Entonces recurría a este medio para compensar lo que no podía obtener de otra forma.

Cuando en casa de sus padres sale del dormitorio con el pijama puesto significa que el asunto está zanjado y que se queda en casa de su madre. Yo estoy a punto de comerla de tanto como la deseo, me pongo inmediatamente a tocarla, a abrazarla, a besarla y a prodigarle otras manifestaciones de este tipo, de tal modo que su madre se apura y, en lugar de dejarnos el campo libre para que hagamos lo que queramos, se queda el doble de tiempo y termina por no separarse de nosotros dondequiera que estemos juntos.

No era así cuando yo iba a visitar a su hija antes de casarnos ¡Qué raro!

Tuve que regresar solo aquella noche a mi apartamento.

Aquella noche no presté atención a lo que decía el presidente americano George Bush, ni se me pasó por la cabeza que fuera a tener semejante valor histórico. Más tarde leí en la prensa local libanesa, escuché en las emisoras oficiales árabes, en las emisoras arabófonas extranjeras y, específicamente, en la emisora de Londres, que había empleado esta expresión en su discurso para calificar la etapa histórica venidera en todo el planeta y que esta etapa estaba preparada para durar decenas de años y más aún, incluso siglos.

Así que yo era testigo de un momento histórico sin saberlo.

Por lo que yo recuerdo, lo que me preocupaba cuando estaba delante de la pantalla era la falta de armonía entre la voz del presidente Bush y su físico y su posición. Me imaginaba que lo que salía de la boca del presidente Bush no era su propia voz, sino la voz de otro hombre muy pequeño, del tamaño de una canica, que estaba situado en su garganta y que él, es decir el presidente Bush, movía sus labios de forma que uno creyera que era él el que emitía esa voz.

La voz del presidente Bush no corresponde ni a su físico, ni a su función, ni a sus responsabilidades de presidente de ese inmenso país que ha conseguido una victoria definitiva y total sobre la gran Unión Soviética, dueña de la todopoderosa armada soviética. El señor del mundo, el dueño del universo, debe tener una voz diferente, que le corresponda totalmente y que salga directamente de su boca. Hay que señalar que Bill Clinton, el presidente al que sucedió, sufría también evidentes problemas de voz.

En cierto momento quise romper el silencio que se había instalado entre nosotros, entre mi mujer y yo, a consecuencia de un enfado que tuvimos, yo porque era

el vencido, y ella porque era la vencedora. Así que le hice una pregunta:

—¿Te gusta ese sonido?

Al instante ella soltó esta respuesta inesperada, como tiene por costumbre:

—¿Es que el sonido de tu televisión es más agradable?

Yo no tenía la más mínima intención de criticar el sonido de la televisión de su madre que, por otra parte, no era demasiado claro. Lo que yo quería era preguntarle lo que pensaba de la voz del presidente Bush.

Es absolutamente necesario que compre sin tardar una televisión. Hace falta que esta vez mi decisión sea definitiva y que no la aplace para más tarde, como lo he hecho siempre, así no tendrá ninguna necesidad de quedarse a dormir en casa de sus padres, así no tendrá ninguna necesidad de decir:

—¡No hay nada en esa casa!

Incluso un día fue mucho más lejos calificando la casa de tumba, y lo dijo tal cual:

—¡Como una tumba!

¡Esas cosas no se dicen! Quizás tenía razón al decir que la casa estaba desierta sin televisión pero, en todo caso, nada le permite compararla con una tumba. Al instante elevé la voz dirigiéndome a ella para reprobarla.

¡Sí, reprobarla!

Le dije que esas palabras no eran ciertas.

—¡Esa palabra está terminantemente prohibida!

Ella estaba avergonzada y se metió en nuestro dormitorio, cerró la puerta con llave durante una hora larga y lloró de tal modo que yo podía escucharla. Una vez que se hubo calmado salió, entonces me aproximé a ella, la tomé entre mis brazos y me disculpé, pero no pronunció palabra, no puso la cabeza sobre mi hombro para indicarme que estaba satisfecha y que aceptaba mis razones. Yo sentía, no obstante, que mis disculpas la habían conmovido profundamente. Este sentimiento

me bastaba incluso para perdonarla, aunque después, a pesar de haberla perdonado, no le encontré ninguna justificación a que hubiera hablado de ese modo, porque comparar la casa con una tumba es algo que resulta muy impactante, eso era un síntoma alarmante, un mal presagio, un indicio prematuro de una catástrofe inevitable y, a decir verdad, esto es lo que era salvo si consideramos que la vida, el matrimonio y los hijos dentro de los úteros no son valores sagrados.

Tengo que comprar una televisión sin tardar, no sólo por mi mujer, sino también porque sin televisión se me escapa todo lo que pasa en el mundo, pues la historia pasa a través de ella, también la geografía y el universo. El universo, precisamente, pasa a través de la misma y adquiere toda su importancia y se dilata con sus misterios hacia el infinito ¡Qué sentimiento de frustración experimenté cuando el año pasado tuvo lugar el eclipse! cuando todas las televisiones y todos los medios informativos invitaron a la gente a que no salieran de sus casas durante el eclipse y a que no dirigieran su vista al sol en el momento en el que desaparecía detrás de la luna, pues podían quedarse ciegos. Efectivamente la gente se quedó en sus casas para observar el fenómeno del eclipse desde sus sofás, salvo yo, porque, simplemente, no tenía televisión. Así que salí a pasear por las calles desiertas de Beirut que, normalmente, están siempre abarrotadas. Tenía los nervios de punta, sentía que iba a estallar, estaba listo para saltar sobre el que fuera en cualquier momento. Entonces vi a lo lejos a un crío que observaba con mucha cautela lo que pasaba en el exterior desde la puerta abierta de su casa que daba a la acera. Enseguida le regañé severamente gritando:

—¡Mete la cabeza!

Y corrí hacia él amenazándole (o más bien simulándolo), entonces metió la cabeza rápidamente y cerró

violentamente la puerta tras él. A pesar de eso continué corriendo hacia la puerta y gritando todo el rato. Luego escuché a su madre, que también gritaba desde el interior y le decía que era un niño cabezota y malvado, capaz de ponerse en peligro y de poner en peligro también a sus hermanos, e incluso a ella misma. Luego le lanzó alguna cosa que, en lugar de alcanzarlo, se estrelló contra la puerta.

Miré brevemente el sol a punto de desaparecer detrás de la luna y, en seguida, mis ojos empezaron a llorar. Lo miré una segunda vez cuando reapareció del otro lado de la luna, y de nuevo mis ojos se pusieron llorosos. Tuve miedo de haberme cogido algo malo, me arrepentí y reprimí una inmensa cólera contra mi mismo, contra mi manera de vivir, y contra mi despreocupación por todo, pues ¿por qué seguía yo así, sin una mujer, sin unos hijos con los que habría podido observar, en la penumbra de mi hogar, el eclipse de sol en Líbano o en otras regiones del mundo a través de la pantalla de mi propia televisión? No tenía nada que contar a la gente con la que me encontraba tras el eclipse, ¡mientras que ellos estaban maravillados por lo que contaban! ¿Qué les diría yo? ¿que no había visto nada? ¿que había pasado aquel momento histórico –el último gran eclipse del segundo milenio– en la calle, con los nervios de punta, porque la luz del sol desaparecía a mediodía y que yo veía las calles de Beirut vacías y las ventanas herméticamente cerradas, como si un polvo atómico se hubiera ido infiltrando poco a poco desde la víspera?

¡Una SONY!

No dudé ni un instante sobre la marca del aparato que iba comprar: ¡una SONY! Le dije al dueño de la tienda que quería “una auténtica Sony” porque efectivamente sé (no me he caído de un guindo) que hay en el mercado una “Sony” fabricada en otros países asiáticos como



Taiwán o Malasia, y que se vende como una auténtica Sony. La verdadera Sony es más cara, así que me fijé bien en que no me vendiera una falsa Sony en lugar de una auténtica y al precio de una verdadera. Le pedí garantías, y él me enseñó un botón diciéndome que en una Sony falsa estaba situado a la derecha y no a la izquierda. Cuando le dije que hiciera el favor de enseñarme una Sony falsa me respondió que él no permitía esta mercancia en su tienda (—¡Esa baratija no entra en mi tienda!). Me mostró muchas otras marcas, Philips, Grundig, Goldstar y otras más, pero yo estaba cerrado en banda: ¡Una Sony! Es cierto que las marcas europeas en general, y las marcas alemanas en particular, son de muy buena calidad, pero aquí la electricidad fluctúa mucho, no se mantiene constante en 220 voltios, sino que sube y baja sin parar. Así pues la Sony está precisamente fabricada para paliar esas fluctuaciones. La gente que tenía una Sony durante la guerra civil del Líbano la utilizaba para iluminar la casa cuando la electricidad llegaba a los 70 u 80 voltios, porque con sólo esa potencia ninguna lámpara podía iluminar nada. Así que a veces la situación de la electricidad recuerda a lo que pasaba durante la guerra. Además, por principio, ¡hay que dejar la electrónica a los japoneses! ya que su fama de buenos en esta industria es como el almizcle. Pero lo más importante de todo era que mi mujer no pudiera reprocharme:

—¿Por qué no has comprado la marca mejor, una Sony?

La prueba de que yo tenía razón es que cuando ella la vio más tarde, me dijo:

—*Sony is the best!*

La noche que precedió a la compra de la televisión, eyaculé en la cama frotándome contra mi mujer, contra la parte de su cuerpo que estaba desnuda, con delicadeza, para no despertarla. Cuando volví del cuarto de baño, tras lavarme, se había despertado y me preguntó:

—¿Por qué no te has acostado todavía?

Le respondí que iba a lavarme, y enseguida ella dijo:

—¿De qué?

Yo se lo confesé, entonces ella gritó:

—¡Cuidado si me has ensuciado! —diciendo esto, se palpó algunas partes de su cuerpo para verificarlo.

Antes de dormirme le dije:

—¡Mañana tendremos una televisión al precio que sea!

No retrocedería esta vez, no cambiaría de opinión ¡y me abonaría inmediatamente a la televisión por cable!

Ella me comentó:

—Será lo mejor que vayas a hacer en tu vida.

Me apreté contra ella y me dio la espalda pegando su trasero contra mí como señal de gratitud, pero luego, un instante más tarde, como si se echara a atrás, concluyó:

—Pero eso no quiere decir que no vaya a dormir más en casa de mis padres.

—¡Es increíble! ¡Hay que ver cuánto puede querer esta chiquilla a su madre! —Farfullé como si hablara conmigo mismo; pero también para que ella me oyera y supiera qué es lo que yo pensaba, aunque no se sintió obligada a responder.

Esta chiquilla adora a su madre con locura, no conozco a ninguna chica que quiera a su madre de esa manera. Apenas acaba de entrar en casa de sus padres, le da un beso a su padre y luego se olvida de él, se olvida igualmente de su presencia en la casa, luego se pega a su madre para no separarse de ella ni un momento: “¡Mamá, mamá!” Así todo el tiempo. ¡De mí se olvidaría si no fuera por mí!

Pues bien, soy yo quien mañana voy a comprarle una televisión y, por ella, me abonaré a la televisión por cable, y era yo el que le había propuesto casarnos cuando ella estaba a punto de renunciar al matrimonio. No era porque ella no lo deseara sino porque era difícil ya que,

a decir verdad, no es que fuera una belleza y quizás fuera que algunos no la encontraran guapa sino más bien bastante normalita. Rondaba la treintena y ya había empezado a perder la esperanza de casarse por haber puesto el listón demasiado alto, (es demasiado exigente) más alto de lo que ella podía esperar. Soñaba, desde luego, con un partido mejor que yo (¿pero en qué?). Me aceptó porque había renunciado a la idea de alcanzar algo mejor y porque yo le convenía; se casó conmigo después de haber sopesado fríamente los pros y los contras. Pero, seguramente, sus sentimientos hacia mí han ido creciendo rápidamente y profundizándose. Yo soy cinco años mayor que ella, es la diferencia ideal entre el marido y la mujer, a los ojos de la esposa evidentemente, ya que más años es demasiado y menos años es poco.

Le conté que no hacía mucho tiempo me había encontrado casualmente con una mujer que había estado enamorada de mí, que esta mujer se había puesto roja y se había turbado cuando le dije que me había casado. Sin embargo no le conté de qué forma tan indescriptible se había enfurecido conmigo cuando la vi en el café y evité hablarle al día siguiente de haber estado a solas con ella, desde hacía años, en el apartamento de uno de mis amigos... Pero le contaré este episodio más tarde, cuando haya comprado la Sony de veintitrés pulgadas con su mesa montada sobre las pequeñas ruedas de caucho Berlioz. Claro que no le desvelaré el verdadero motivo de por qué rechacé hablar con ella.

Deseaba contarle este tipo de episodios con el fin de que comprendiera que no había llegado a ella “por no tener a mano algo mejor”

Por la mañana le pedí que se quedara en casa de su madre, añadiendo que la recogería por la tarde una vez que hubiera terminado mis asuntos, una vez que hubiera comprado la televisión y que me hubiera abonado a la televisión por cable. Le dije: